

Versaciones de un chupaplumas

Cuando tal vez lo del pelo mojado

[1]

tuviese una explicación; pero, quise hacerme la ilusión, si podría escribirlo tal vez cuando en un segundo momento, o tercer momento, o momento indeterminado y sin numerar, las musas se mostrasen propicias y tuvieran a bien que se me pasase por la cabeza quién sabe qué pensamiento perverso que me empujase a atentar, con motivos probados o sin probar, contra la honorabilidad no ya de Sonia, sino de mi mismísima madre si la ocasión se presentaba y venía a la mano, pues ya se sabe que, como muy bien ella misma dijera una tarde en que hablábamos de mi difunto padre, “el escritor que quiera hacerse un nombre ha de despellejar a su propia familia”, y que con ese crápula —que dijo exactamente crápula y no libertino o borracho o jugador o mujeriego, ya podía “si fueses un poquito avisado y supieras sacarle partido; pero no sé yo porque (elevando los ojos y las manos al cielo en actitud dramática que ya veremos que tal me sale si es que me animo) a quién habrá salido este hijo mío”¹—ya tenía para un besseler.

–Pero yo, mamá –le dije– no quiero escribir un best seller.

–¿Y qué quieres escribir entonces?

–Algo grande.

–Pues lo que te estoy diciendo. Un besseler.

¹ Y que llevaba años tratando de averiguarlo, pero siempre que se ponía a hacer memoria y echar cuentas, terminaba hecha un lío.